

El México de los novelistas ingleses*

Por José Emilio PACHECO



"la plenitud perdida gracias a la civilización"

Tenemos con los novelistas ingleses una vieja querrela, una discordia que no ha hecho sino ahondarse, pues no abundan los que se proponen leer sin prejuicio unos libros juzgados siempre con encono y resentimiento; para la mayoría, libros tabú, fruto de la difamación y la ceguera, obra, a juicio de muchos, de calumniadores que han dado al mundo una imagen irrisoria y bestial de lo que es México.

Como toda pasión es pendular, nuestro nacionalismo nos lleva con frecuencia a desmedir, quejándonos del país, sus terribles carencias, sus errores. Sabemos que este juicio no nos absuelve y al acusar nos condenamos. La autocrítica, en el fondo, deja siempre un regusto fariseo.

No ocurre lo mismo si es un extranjero el que se atreve a decir algo semejante a nuestras censuras. Entonces sentimos la misma irritación que se experimenta cuando alguien que ve las cosas desde fuera, se une a los comentarios negativos que hemos hecho de nuestra familia. Sentimos la impostura, el entrometimiento, la violación de un derecho sagrado. Y en el otro extremo de la pasión, humillados y ofendidos, nos enardecemos.

Esto es natural, y lo grave sería que no fuera así, pues lo mismo sucede en todas partes: ¿no los españoles conservan ante Mérimée y Gautier (o Hemingway) un resentimiento análogo al nuestro con Lawrence, Huxley, Greene? Pero ¿por qué no detenernos y reflexionar un instante en las razones del contrario?, por qué no, libres de cólera y prevención, admitir que

puede haber algo de cierto en las palabras que nos han herido, y que aceptarlo resulta acaso un síntoma de madurez. Recordemos, por otra parte, que nadie corre el riesgo de escribir un libro acerca de algo que no fue objeto de su amor o su dolor. Y que en toda oposición —bajo el desprecio, ante el orgullo— late un principio de solidaridad.

Todo viajero siente necesidad de relatar lo que ha mirado. Así nacieron muchos de los libros perdurables que conoce la humanidad: Padre de la Historia, Herodoto lo fue también de la literatura de viajes. Y de las deformaciones que son el pecado original y la fascinación del género.

En la Era de los Descubrimientos, América fue campo propicio para la imaginación europea. Hombres que pisaron su tierra en los primeros siglos quisieron dejar constancia de lo visto o lo imaginado en los ríos, la selva y el desierto. "La grandeza, extrañas y maravillosas cosas... porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos comprender." Estas palabras de Cortés —en Tepeaca, 20 de octubre de 1520— podrían ser el epígrafe de todas o casi todas las opiniones antiguas y modernas sobre América. Las Crónicas de la Conquista inventaron una mitología que yace tras cada nueva visión del continente americano. Pero la realidad vivía de otro sustento: sin El Dorado, sin las Siete Ciudades de Oro ni las Amazonas; con las Sirenas reducidas a su humillante verdad

* Síntesis de una conferencia en la Casa del Lago, dentro del ciclo "Los grandes temas de la literatura del siglo xx", el 2 de mayo de 1964.

de manatíes, ya casi al término del dominio español, Humboldt redescubre en su *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* la riqueza (y aun el misterio) de lo que todavía era el "Nuevo Mundo".

Para México, el XIX fue en cierta medida un siglo trazado, se diría, por la imaginación de un folletínista. Tras la Independencia, el país comenzaba su propia búsqueda, la inacabable construcción nacional; vuelto contra sí mismo, ajeno y entrañable y codiciado por todos los imperios, sin más elección para sobrevivir y desarrollarse que la espada o la pared: Norteamérica o las grandes potencias colonialistas de Europa. Y de la ambición, a menudo entre los criollos que sirvieron en el ejército realista, nacieron las dinastías de golpes militares y su fruto: el *Dictador*, Rosas, Porfirio Díaz, García Moreno, Solano López, nuestro Santa Anna, trasunto napoleónico con su pequeña Batalla de las Pirámides, su retirada rusa, sus Cien Días y su mínimo Waterloo. Y al lado del "General-Presidente", del Tirano Banderas, una sociedad criolla y un mestizaje, español por una sangre (es decir, doblemente mestizo), habita en los patios coloniales, en las grandes haciendas de la llanura o, con mayor frecuencia, integra la multitud que pulula en las plazas, mendiga, riñe, se amotina, es arrastrada en la leva, destruye o edifica, explota al indio, el paria de esa división clasista, vagamente heráldica; o vive del rencor, conspira en el cuartel, siente nostalgia por el "hombre fuerte", el amo absoluto, "Su Alteza Serenísima". Durante muchos años nuestros pueblos son "El Matadero" de Esteban Echeverría, el campo de batalla que no logra ahogar en sangre las tensiones de una sociedad, donde a expensas de la pugna entre "yorquinos" y "escoceses", "unitarios y federales", "blancos y colorados", algunos logran que no les falte nada, y gracias a ellos los demás carecerán de todo.

Entonces llegan, de otro mundo, los viajeros. Miran, se asombran y para remediar su desconcierto dejan caer su testimonio. El más célebre quedó para nosotros en las Cartas de la Marquesa Calderón de la Barca (*Life in Mexico during a Residence of Two Years in that Country*. Boston, 1843). Nacida en Escocia, formada en Norteamérica, esposa de Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario que España envió a México, la visión de Francis Erskine Inglis no difiere (lo sabemos) de la que presentarán ochenta años más tarde los novelistas ingleses.

Primero, la visión admirable del paisaje, nunca tan amorosamente descrito por nosotros — lo cual sería una razón, tal vez la única, para reconciliarnos con los viajeros europeos. Después, como en Bernal Díaz del Castillo, el encuentro de la mirada con los pobladores de esta ciudad — la nuestra — construida entre las montañas a orilla de los lagos: "Pero lo que más nos llama la atención son los curiosos y pintorescos grupos de gentes que vemos desde las ventanas: hombres de color bronceado, con sólo una frazada encima con la que se envuelven, sosteniendo con garbo sobre sus cabezas vasijas de barro, precisamente del color de su propia piel, de modo que parecen figuras de terracota; y llevan en las vasijas dulces o blancas pirámides de grasa (*mantequilla*); mujeres con *rebozo*, de falda corta, hecha jirones casi siempre, aunque por debajo de la enagua asoma un encaje; sin medias, con sucios zapatos de raso blanco, aún más pequeños que sus pequeños pies morenos; señores a caballo, con sillas y *sarapes* mexicanos; *léperos* holgazanes, patéticos montones de harapos que se acercan a la ventana y piden con la voz más lastimera, pero que sólo es un falso lloriqueo, o bien echados bajo los arcos del acueducto, sacuden su pereza tomando el fresco, o tumbados al rayo del sol; cuando no se sientan durante horas en el umbral de alguna puerta, asoleándose, o se protegen a la sombra de las paredes; las indias, con sus ceñidas fajas de tela oscura, el cabello trenzado entretejido con cintas rojas, y que han dejado sus canastas en el suelo para descansar, mientras 'examinan' con extraordinaria atención las cabezas de su cobriza progenie." Las descripciones que hace la Marquesa podrían ser comentarios textuales de las litografías de Linati. También, lo que es más importante, trazaron una imagen "típica" (en los dos sentidos actuales del vocablo) que se ha repetido con denuedo para representar al hombre mexicano de entonces y de anteaer.

Las corridas de toros, los conventos, las rebeliones serán, a partir de las *Cartas*, indispensables en toda descripción de nuestro país. Pero creo que corresponde a la Marquesa, al diplomático Brantz Mayer, al comerciante alemán C.C. Becher (*México. Lo que fue y lo que es, Cartas sobre México*, respectivamente; libros que conocemos gracias al interés de Juan A. Ortega y Medina), el mismo título que se dio en años recientes a los artistas plásticos que por esos años visitaron México: son, para las letras, *los descubridores del paisaje mexicano*. Y queda mucho por citar acerca de nuestro XIX: las casi des-

conocidas novelas sobre la Independencia de Gabriel Ferry, los textos de los oficiales franceses y austriacos que llegaron durante la Intervención napoleónica o nuestro "Segundo Imperio", el de Maximiliano.

Mientras México padecía en paz con "Don Porfirio" — el General-Presidente por antonomasia — en el poder, la sociedad industrial extendía en Europa los medios de entretenimiento. El folletín cedió su paso a la revista de narraciones "profusamente ilustrada" que ha rematado en los actuales *comics*, o su ya inminente y total sustituto: el episodio de TV. George Orwell aludió en uno de sus ensayos a la forma en que representaban al mexicano esas revistas para adolescentes que deben de haber figurado entre las primeras lecturas de D.H. Lawrence, Aldous Huxley, Graham Greene y Malcolm Lowry, a quienes esta nota pasa tentativa y superficial revista.

En los cuentecillos y dibujos de esos magazines habría que buscar la imagen "típica" de México y los mexicanos, que apenas de unos años a esta parte ha comenzado a variar. Tales publicaciones se difundieron en casi todos los idiomas y presentaban ya sea un territorio poblado por sectas sanguinarias de aztecas que desollaban a sus víctimas, o generales en perpetua rebelión y combate o, sobre todo, hombrecillos macilentos, bigotudos, que cuando no dormían bajo su gran sombrero, traicionaban a los *cowboys* del Oeste, se aliaban con los apaches o servían de blanco a los infalibles disparos del *sheriff* o del bandido generoso.

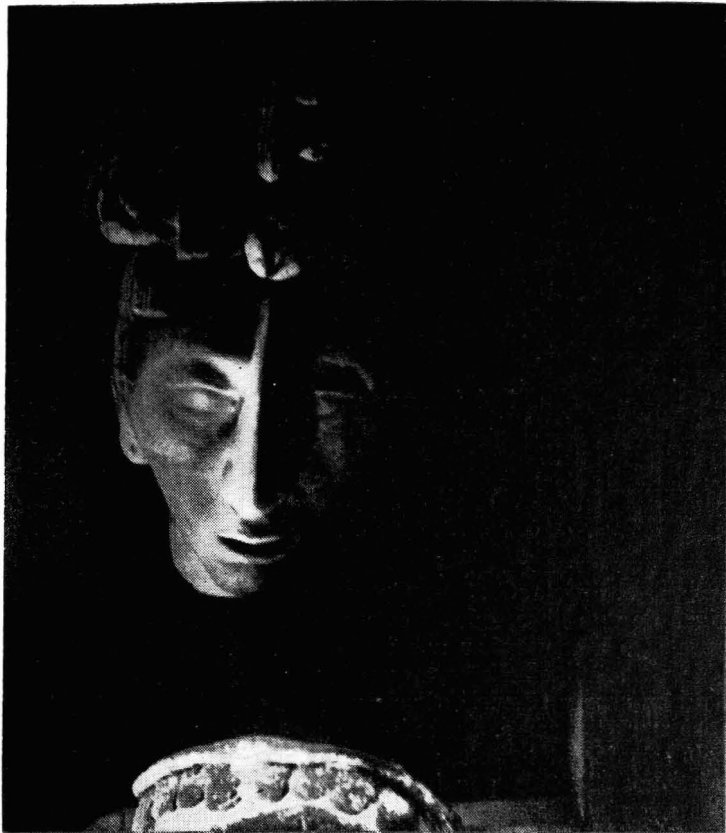
Con la Revolución y la campaña de prensa desatada contra México, los prejuicios europeos se agravarán. De la situación anterior al levantamiento de Madero, y de la lucha armada, quedan los grandes reportajes de Reed y de Turner. Con el asesinato de Carranza en Tlaxcalantongo, se iniciará la etapa que podríamos llamar posrevolucionaria, entre los años 1920 y 1940. La época dio materia a las novelas que, sin otro afán que el informativo, mencionan estos apuntes. Dejo a la curiosidad y posible interés del lector un parangón entre la imagen inglesa de México y la que se hicieron de ese mismo lapso un novelista y más tarde *best-seller* español: Vicente Blasco Ibáñez en su curioso libro *El militarismo mexicano*; un gran autor cinematográfico soviético: Sergio Eisenstein en *¡Que viva México!*, y tres escritores franceses: Antonin Artaud, Paul Morand y Max Chadourne, este último en un libro menos conocido que los anteriores y cuyo título es revelador: *Anáhuac o el indio sin plumas*. Aparte de las páginas mexicanas de John Dos Passos y James Cain en su olvidada novela *Serenade*.

David Herbert Lawrence fue el primero en expresar el horror y la fascinación que el México de entonces engendró en los novelistas ingleses. Lawrence no pasa por el mejor momento de su estimación crítica. Considerado primero hereje, luego profeta y voz de toda una generación, en este fugaz 1964 se ha hablado de él como de un "puritano escandaloso". Y convencidos de que nada envejece tan pronto como el erotismo, los lectores de idioma inglés se han sorprendido de que, durante 30 años, estuviese prohibida y fuera de escándalo para sus padres una novela tan inocente como *El amante de lady Chatterley*.

La primera posguerra fue la revelación: los cimientos de Europa se habían derrumbado y era necesario buscar otras causas y otros sitios que devolvieran a la existencia la plenitud perdida gracias a la intolerable civilización. Como en otro siglo, se quiso volver a los orígenes y creer en la bondad intrínseca de la naturaleza humana, en el buen salvaje. Lawrence pensaba que el aire de América era nuevo, el cielo no tan viejo, la tierra menos fatigada. Llegó al continente por Nueva York, pasó un tiempo en las Montañas Rocallosas, donde sobrevivían antiguas tribus que no eran mexicanas ni norteamericanas. Esa experiencia, y esos lugares, aparecen en el relato *Una mujer partió a caballo* y en la segunda mitad de *Mañanas en México*.

La primera parte de este libro cuenta la estancia de Lawrence y Frieda, su mujer, en un pueblecillo del Sur, donde comienza el otro México, el México secreto e impenetrable de los indios. De ellos lo primero que sorprende a Lawrence es el azoro y el recelo de su mirada. Sus cuerpos le parecen puñales de obsidiana. Son gente que ve al hombre blanco como un fenómeno; algo para reír y maravillarse, nunca para considerar al propio nivel. El mono blanco conoce, por ejemplo, el tiempo, que para el indio y para el mexicano es una vaga y confusa realidad. Hay, para nosotros, sólo tres tiempos: en la mañana, en la tarde, en la noche. Ni siquiera el mediodía ni el atardecer. En cambio para el mono blanco existen las cinco y cuarto, las nueve y media. Su día es una terrible complicación. Lo mismo ocurre con las distancias. Para los indios no hay sino cerca o lejos, o muy cerca y muy lejos.

El dinero no interesa al auténtico mexicano; no le gusta



"los modos de conciencia de los indios"

ahorrarlo. Su condición, su instinto es gastarlo inmediatamente para no verse en el caso de precisar de él. En realidad no quiere guardar nada, ni siquiera a su mujer y sus hijos; nada que entrañe una responsabilidad. Limpio, limpio del pasado y el futuro, deja únicamente el momento rígido y agudo y sin conciencia como el puñal de obsidiana. Sólo el instante, afilado por el olvido, a la manera del gran puñal de los sacrificios.

Mas el gran mono blanco tiene las llaves del universo, y el mexicano de ojos negros ha de servirle con objeto de poder subsistir. Además, tiene que aprender sus trampas y prestidigitaciones: división del día, monedas reales, máquinas, trabajo sin sentido pero pagado con exactitud. Un mundo de vicios y virtudes de micós.

Ante nosotros, mañana es siempre otro día y ayer es parte del nunca más. ¿Para qué entonces, pensar — que es otra de las tretas del mono blanco? No nos importa tener que trabajar para él: sus ardidés y combinaciones nos sirven de distracción. Hay tantas maneras de divertirse que no importa hacerlo, mientras no nos tiente el diablo, viéndoles explotar nuestro sudor, nuestro dinero, robando nuestras tierras y hasta el aceite y el oro de nuestro suelo.

Y luego la llamada tristeza del indio: nuestra pena es negra, de reptil y tiene un temblor de odio: terror a la cárcel, a la leva, al poder odiado y denostado sordamente, en la oscuridad.

La civilización corrompe al hombre; el progreso lo degrada y tritura su espíritu. Para Lawrence y sus contemporáneos la salvación estaba en el regreso al ser adánico, al hombre natural e incontaminado.

Pero ya en *Mañanas en México* está el gran mérito de los ingleses, más allá de lo que podemos pensar de su juicio sobre nosotros: ningún novelista mexicano —la observación es de Octavio Paz— ha sabido expresar la violenta belleza del paisaje como los ingleses.*

Lawrence ve a México con ojos del primer día: así sea el polvo, la hierba seca, nuestras arrugadas y silenciosas montañas. Además, se da cuenta de que los blancos, los europeos, escriben siempre o casi siempre sentimentalmente acerca de los indios. Los modos de la conciencia de los indios son diferentes, fatales a los europeos. Los dos modos, las dos corrientes nunca se encontrarán, jamás podrán reconciliarse. No hay ningún puente, ninguna conexión. Y Lawrence clama por la necesidad de entender esto y abandonar la pretensión, llena de sentimentalismo, de interpretar al indio en términos europeos. La aceptación de la gran paradoja de la conciencia humana es

el primer paso hacia una nueva conquista. Y el hombre blanco sólo puede entender la conciencia del indio en términos de la muerte de su propia conciencia.

Lawrence continuó su reflexión sobre el mundo mexicano en *La serpiente emplumada*, una novela aparecida en 1926, cuatro años antes de su muerte. No pretendo hacer crítica literaria, pero hay que decirlo: como novela, al menos, *La serpiente emplumada* es una de las menos eficaces de su autor. Es farragosa, lenta, desmesurada (se dirá, claro, que pretendió ser ficción y no documento). Desde el principio, sin embargo, su vigor narrativo, el increíble poder de Lawrence para describir paisajes y situaciones se ven menguados por un aire de crónica periodística y el deliberado afán de probar una tesis: lo que Lawrence piensa del otro México, de la revolución, del mestizaje y nuevamente de los indios.

En dos palabras la trama de la novela podría bárbaramente resumirse así: Kate, una irlandesa de cuarenta años, decepcionada de Europa, llega a México, donde la enamora el general Cipriano Viedma. Kate va a residir a orillas del lago de Chapala, donde un mítico hacendado, don Ramón, y el propio Viedma reviven el culto de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli y pugnan por encarnar, respectivamente, a estos dioses, imponiendo así nueva religión y distinto gobierno a México. Kate, tras el horror que le provoca México, acaba por descubrir en el amor carnal el sentido de la vida; y en calidad de diosa viviente permanece al lado de Cipriano Viedma y don Ramón — que muy probablemente sean una visión caricaturesca de Obregón y de José Vasconcelos.

La anécdota y sus implicaciones nos interesan menos que las ideas de Lawrence sobre México. En primer término la insistencia en que el complejo de inferioridad del mexicano lo hace ser cruel, cobarde y agresivo: nada expresa mejor esas características que la bestial corrida de toros con que se inicia la novela.

En seguida Lawrence da su opinión sobre la Ciudad de México, dueña de una fealdad interior, repugnante, con una corriente subterránea de bajeza y de vicio, manifiesta especialmente por las noches, cuando un vago temor emana de sus calles. Una desesperanza amarga y estéril es el fruto del conocimiento de nuestra capital y nuestro país. Siempre que un mexicano grita ¡Viva!, la frase acaba con un ¡muera! ¡Viva la muerte!, podría ser el lema no sólo de las rebeliones, sino de toda actividad mexicana. En este país, si cualquiera tiene un accidente, nunca se debe acudir en su auxilio: se corre el riesgo de ser detenido como culpable. Las dos categorías sociales son peones y obreros: todos borrachos, pero silenciosos, verdaderas columnas de sangre oscura. Los hombres, las flores, los animales huelen en México a sangre y a sudor. Amenazados por el norteamericanismo, los mexicanos estamos a merced de algo peor que los extranjeros: nuestra propia naturaleza. Al mezclarse sangres de una misma raza todo va bien; todos los europeos son arios, la raza es idéntica. Pero si se mezcla el europeo con el indio, se confunden diversas clases de sangre y resultamos los mestizos — siempre una calamidad. El mestizo no es una cosa ni otra, está siempre dividido dentro de sí. La sangre de una raza lo impulsa a hacer una cosa, la sangre de la otra lo impulsa a la contraria. El mestizo es un desgraciado y una desgracia para sí mismo. No tiene ninguna esperanza; parece como si quisiera castigarse por haber nacido: nacido de un capricho o de un deseo brutal. Los mexicanos dueños de algún talento, virtud o valor, se prostituyen siempre irremediablemente de un modo o de otro, y por eso no llegan nunca a nada. Los indios no pueden hacer nada porque no creen en nada.

No llevaré más agua al molino de injurias y respuestas airadas (y tardías) contra Lawrence; pero a la luz del menor nacionalismo, hay que preguntarse honestamente si su visión no es a menudo la de una solterona británica, aun sin olvidar sus parciales, sus brillantes aciertos. El México de Lawrence es el infierno que ha irrumpido donde debiera estar el paraíso. A través de Kate, Lawrence desborda su compasión por nosotros; también y con mayor frecuencia, su contrario: el desprecio. Desprecia el rostro terrible, tumefacto y envenenado por el tequila de algunos tipos de la ciudad. "En ninguna parte había encontrado rostros en que se pintase el mal con tanta claridad como los que se veían en México." ... "Las mujeres eran también lo mismo. Con sus largas faldas y los pies descalzos, el rebozo a la cabeza, producían el efecto de ser la imagen de la sumisión salvaje y de encarnar esa feminidad primitiva conmovedora y lejana de nosotros. Muchas de ellas arrodilladas, arrebujadas en los rebozos azules, se juntaban en una iglesia oscura; las faldas claras en el suelo, orando con devoción temerosa y extática. El espectáculo de una de estas iglesias llenas

* "No sé si los nacionalistas en literatura hayan advertido que nuestros novelistas dan una imagen más bien pobre y superficial de la naturaleza mexicana. En cambio en algunas de las mejores páginas de los autores de la lengua inglesa, D.H. Lawrence y Malcolm Lowry, aparecen nuestras montañas y cielos con toda su sombría y delirante grandeza", dice textualmente la cita de Octavio Paz que entresaco de un ensayo de 1959, no recogido en libro todavía.

de mujeres humilladas que pedían algún favor, dobladas como seres increados, engendraba en Kate repulsión y ternura."

Lawrence, con Kate, se pregunta si América no es el gran continente de la muerte, la gran negación que se opone a la afirmación de Europa, Asia y la misma África; el gran crisol en que se funden los hombres de los continentes creadores, no para renovar su creación: para mezclarse en la homogeneidad de la muerte. La razón de ser de América, ¿sería el destruir lo que crearon los demás continentes? La corriente de la vida se detuvo, con la guerra, en Europa; en cambio, los magníficos indios son tan hermosos y valientes quizá porque adoran a la muerte, a Moloch. La aceptación de la muerte y la nada contribuye a mantenerlos en el orgullo y en la indiferencia. Si los blancos perdieron el alma que fue suya un día, los indígenas que dan vueltas en derredor del círculo del vacío, ¿estarán huecos también?

Y todo ello en medio del gran país abrupto, árido, salvaje. Con lugares espléndidos donde sobreviven iglesias, haciendas en ruinas, aldeas, ciudades: el espíritu español se desvanece en México; caen las piedras de las moradas que edificó. La raza vencida, como no se le infundió un nuevo ideal, succionó en la noche y el silencio, tenaz, desesperada la sangre de los conquistadores. Ahora los hijos de quienes dominaron son blandos y sin médula, lloran mutilados de esperanza. ¿Es la sombría negación del continente? Con su belleza dura, vengativa, América parece que espera derrotar a la muerte. ¿Será el mundo su víctima? México abruma con un enorme peso; tal vez la fuerza de gravedad que atrae para poder hallar el equilibrio. Mas las raíces se hundieron y brotan más allá de toda destrucción. Entre ellas están las de la vida. Y las voces de los indígenas, las voces de los niños como aves en la plaza de Tehuacán; su suavidad y dulzura, ¿pueden ser la quietud y la música de la muerte? No lo son, y al final Kate, para quien "todo es sexo" y hay que buscar la vida donde se halla, arraigará al lado de Viedma, le pedirá que no la deje marchar.

Pero Lawrence no supo comprender. ¿La realidad desmoronó sus ideas míticas y románticas sobre México o vino a encontrar lo que buscó, a comprobar sus ideas previas en torno del país? Pero los mexicanos "hasta las cachas", que han insultado a Lawrence cerca de cuarenta años, suelen olvidarse de dos cosas: *Primera*.—Gústenos o no, de que Lawrence es, será una de las grandes figuras literarias —y algo más— de nuestro siglo. Sus opiniones son dignas de una controversia distinta a la que puede enderezarse contra el reportero del *Chatanooga Sun Telegraph* que denigra a México porque le cobraron de más en Xochimilco. *Segunda*.—De que es una ingenuidad, una tierna efusión de patriotismo creer que un inglés —un hombre que, sin metáfora, llega de otro planeta, mejor o peor, no sé: *distinto*— debe sustentar nuestras mismas ideas sobre México. Si un revolucionario mexicano hubiera caído en Inglaterra hacia 1920 y escrito sus impresiones, noveladas o expresas, ¿qué hubiese dicho?

Catorce años después llega a México un escritor opuesto a D. H. Lawrence, pero tan importante como él, al menos en la primera mitad del siglo veinte. Graham Greene hace tiempo que no está de moda (todo escritor que ha llegado a vender más de cien mil ejemplares de sus libros, ha dicho él mismo, puede saber que no tendrá el halago de la crítica) y en México sus historias policíacas han despertado un interés nunca concedido a sus dos libros sobre nuestro país, que invariablemente se condenan, sin darnos cuenta de que *El poder y la gloria* sólo incidentalmente puede referirse a México ya que trata un problema que rebasa los límites de la persecución religiosa en el tiempo de Calles y de Garrido Canabal. Tabasco, en esos momentos de la historia, era sólo una parte, un reflejo de un mundo de traición, violencia y lujuria, abarrotado de pasiones y crímenes y amores desdichados. El sacerdote que huye de sí mismo y de la policía que lo acusa es algo más que una referencia a determinada situación mexicana: encarna una situación más permanente y general. Greene, uno de los grandes novelistas católicos, siente la obsesión del mal y del pecado, no se hace ilusiones con respecto a los hombres: el cura de su novela no es un santo de devocionario sino un hombre abrumado por su condición. Sin embargo, el peligro radica menos en la naturaleza humana, que pese a todo nos inclinará a la solidaridad y a la defensa de nuestros semejantes, que en la inconsciencia y en la ignorancia. Un ejemplo es el jefe de policía que recuerda su primera comunión y habla de las ironías de la vida: asistió al fusilamiento del padre que le dio la primer hostia. Lloró por la muerte del anciano. Se consuela pensando que ahora en el cielo es un santo que ruega por él; por él que persigue a los católicos y extermina sus imágenes. La confianza de Greene se extiende asimismo al triunfo de la iglesia perseguida: muerto

el cura que no alcanzó el poder ni la gloria, sino tan sólo las preocupaciones por el destino que seguiría su hija de siete años, un nuevo sacerdote llega a Tabasco y se dispone a recomenzar.

Nuestro problema con Greene estaría más en el libro anterior: *Caminos sin ley*, de donde el novelista desprendió más tarde *El poder y la gloria*. De ese reportaje se ha dicho, sin probar nada, que fue un libelo difamatorio escrito a sueldo de las compañías petroleras, que acababan de ver expropiadas sus posesiones mexicanas. Y con todo el respeto que podemos tener por Graham Greene, es preciso aceptar que en *Caminos sin ley* muestra el mismo prurito de no informarse y juzgar de oídas y de primera impresión, que volvió a emplear el año pasado en su segunda y vertiginosa visión del México actual en dos cuartillas.

Greene llega a México por vez primera en los momentos más difíciles de Cárdenas: la expropiación y la última rebelión: la del general Saturnino Cedillo, a quien Greene entrevistó en su hacienda de Las Palomas. El problema religioso, desencadenado en tiempos de Calles, subsistía sólo con la prohibición de cultos en Tabasco y algunas partidas de cristeros, aún en armas por entonces, que operaban en tierras de Jalisco. El novelista, el artista Graham Greene está presente en pocas páginas de este libro, que es en realidad el de un reportero que llega sólo a comprobar una imagen atroz, previamente concebida. El sentimentalismo a que aludía Lawrence se transforma aquí en asco y repulsión hacia un país que Greene no se interesó por explicarse. Su afán era probar que México era un país salvaje, intolerante, una Roma de tiempos de los primeros cristianos habitada por indios repulsivos, con muros decorados por pintores monstruosos y una capital que olía a los expendios de dulce de la Avenida Juárez. Creo que los prejuicios de Greene, entre algunas observaciones luminosas, dejan su libro fuera de discusión: es un desahogo, un grito cegado por la misma intolerancia que él reprocha a los mexicanos.

Sólo como testimonio y opinión personalísima de un escritor tan inteligente como Aldous Huxley (muerto en pleno caos del mundo feliz que en parte predijo), vale asimismo la parte final de *Beyond the Mexique Bay*. Huxley coincide con Lawrence y Greene en su actitud despectiva y horrorizada, en ver la proximidad de los Estados Unidos y la paulatina, pacífica invasión como el mayor peligro para México.

Malcolm Lowry, finalmente, situó en Cuernavaca la acción de *Under the volcano*. Como en *El poder y la gloria*, en esta bellísima novela México es un escenario, no una pasión. Todo el libro transcurre en el lapso de un día, el día de los muertos de 1938, cuando regresa Ivonne, la mujer que al abandonar al ex cónsul inglés Geoffrey Firmin lo hundió en una embriaguez que de algún modo resulta también la embriaguez del conocimiento. Fábula de la caída en el abismo del mal, *Bajo el volcán* va del Génesis al Apocalipsis: la muerte absurda y reconciliatoria del cónsul a manos de unos hombres que ni siquiera le odiaron. 1938: oscuridad, desastre, inminencia. Hugh, el medio hermano del cónsul, lucha por una República Española que se desmorona ante el empuje de las fuerzas oscuras. Un año más y el mundo se habrá nuevamente precipitado en el infierno. Quauhnáhuac, la Cuernavaca mítica de Lowry, es la imagen del paraíso perdido que el hombre no podrá reconquistar porque vive a su lado sin alcanzarlo. Y ¿qué es la vida para el cónsul y para todos los hombres sino un combate y el paso de un extraño sobre la tierra? Porque el hombre, cada hombre, debe luchar sin tregua por alcanzar las alturas. También la revolución arde en la tierra que es el alma de cada ser. Y no hay paz que deje de pagar su tributo al infierno. A Geoffrey le queda todo el amor del mundo por Ivonne, sólo que ese amor parece tan extraño y alejado que casi pudiera escucharlo como un zumbido o un llanto, lejano, muy lejano; como un triste murmullo perdido que puede ser que se aleje o que se acerque. Parián y la cantina El Farolito: el faro que incita a la tempestad y la enciende. Allí la vida desciende hasta el fondo.

El último año sin Ivonne fue un terrible sentimiento de abandono y despojo. Ahora ¿cómo empezar desde el principio, con cuál fe ciega encontrar el regreso en medio de cinco mil horribles despertares. Alquimia del día de muertos: el cónsul ha vendido su alma al alcohol y por un momento se le concede ver de nuevo lo perdido. Tras ese instante que no sabe que no puede durar, va a acelerarse la expulsión del edén, la caída en el Mictlán, el infierno en que sólo perdura la desesperación.

Y para evitar el total aniquilamiento de un mundo que puede acabarse con la misma ciega voluntad del cónsul, sobrevive el letrado de los parques mexicanos, advertencia para conservar la tierra — único paraíso que le fue dado al hombre:

¿LE GUSTA ESTE JARDÍN QUE ES SUYO?
EVITE QUE SUS HIJOS LO DESTRUYAN.